

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
La ineludible soledad del historiador del cine

Autor/es:
Minguet, Joan M.

Citar como:
Minguet, JM. (2000). La ineludible soledad del historiador del cine. La madriguera. (25):88-88.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41839>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Parece que tomarse en serio el estudio del cine acaba por ser un paracronismo. O un desvarío. Mientras que la pintura o la literatura despiertan actitudes serviles y devotas por parte de los sistemas de la información y de muchos de los propios investigadores, el cine siempre es una especie de pariente muy lejano de lo estético, algo necio y digno del florilegio más trivial. Los propios críticos cinematográficos contribuyen no pocas veces a esa

situación, con comentarios o apreciaciones que se sitúan en lo frívolo, o en ese registro intelectualmente tan débil que

es la cinefilia, en donde conocer de memoria un dato es más venerable que saber dotarlo de sentido. Al fin y al cabo, esa veneración por lo que la poética del XVIII llamaba artes mayores no tiene en nuestra era ningún sentido. La pintura, la escultura o la arquitectura también son hoy un negocio, como el cine, y han perdido la virginidad creativa que la historiografía del arte más idealista les otorgaba. En consecuencia, todos esos lenguajes deberían someterse a registros analíticos similares, forzando al investigador a sustituir el culto y el emblesamiento por el rigor y el distanciamiento crítico.

La tarea no es fácil. Los periódicos sitúan la información y la crítica cinematográfica en las páginas de espectáculos, nunca en las de cultura. Y priorizan para sus lectores los rebuznos que haya podido preferir cualquier actor o actriz repentinamente encumbrado por los "mass-media" norteamericanos antes que reportajes u opiniones de individuos que sean capaces de mantener un discurso (solo eso, un discurso) sobre el fenómeno cinematográfico. El registro con el que la televisión trata a la cultura del cine no es tampoco halagüeño. Los pocos programas dedicados al cine son tributarios de la más candente y especuladora actualidad, y se mueven al dictado de las campañas de lanzamiento de los grandes monopolios del audiovisual. O se entretienen en amplios reportajes sobre el presunto "glamour" que trasciende de la concesión de los óscars. La excepción a todo eso podría ser el programa de José Luis Garci. En él, las películas son analizadas y revisitadas en forma poco usual en las emisiones televisivas. Otra cosa es el perfil demasiado tendencioso de sus invitados. Y, por tanto, de sus opiniones. En varias ocasiones les he oído proferir referencias irónicas a los "modernos" análisis

mayores y a la terminología que usamos en nuestros textos. Y entonces todos ríen jocosamente la broma, absortos en su propia ignorancia. O en su intolerancia intelectual.

En la universidad, lamentablemente, el panorama no mejora en exceso. Muchos alumnos acuden a las asignaturas sobre cine con unas expectativas equivocadas: unos quieren cursos acelerados para convertirse en directores de cine (con el estímulo que el

caso Amenábar les supone ahora mismo); otros, precisamente los que muestran una actitud más sumisa ante las "artes

mayores", ven en el cine una posibilidad de distracción, y poco más. Resulta difícil convencer al alumnado universitario de que el cine (o el diseño, o la publicidad, o la televisión) pueden ser estudiados activando las respectivas capacidades metafóricas de esos lenguajes, activando sus registros de sentido. Es difícil sus- traerse al bombardeo frívolo e insustancial que acompaña a esos

*fenómenos de la comunicación moderna. (Por poner un único ejemplo: cómo vamos a concienciar a nuestros alumnos del necesario rigor con el que tienen que afrontar el estudio del cine si ciertos críticos profesionales hablan maravillas de una película tan discreta como **Volver a empezar** por el simple hecho de que, un día, en un circo, le tocó un premio. O si son capaces de defender en una misma semana y en un mismo medio películas cuyos presupuestos estéticos son diametralmente*

opuestos. ¿Dónde está el criterio de la crítica cinematográfica de este país?)

El fenómeno cinematográfico sufre en España un proceso agudo de banalización, no ya desde el terreno industrial, sino desde el de buena parte de la propia crítica especializada o el de ciertas entidades institucionales. Y desde la atención frivolidadora que le prestan los medios de comunicación de masas. Contra todos esos obstáculos debemos competir los que, en la universidad o fuera de ella, pretendemos aplicar al estudio del cine criterios de rigor y de análisis comparado con otros fenómenos del arte y de la cultura. Todo ello, en fin, no es más que subrayar una obviedad, lo sé. Pero tenía interés en manifestarla, "porque aunque sea un asco gritar obviedades (decía Ramón de España), el silencio es mucho peor."

Joan M. Minguet Batllori

LA INELUDIBLE SOLEDAD DEL HISTORIADOR DE CINE

